

LAUTARO YANKAS

LA POESIA DEL MAR CHILENO

PERFIL COSTERO

EN MAS DE una ocasión se nos ha dicho con matiz reprobatorio que los chilenos hablamos poco de nuestro mar y no le cantamos como lo hacen otros países. Si explicamos que Chile es un todo vertebrado e inconfundible y su territorio y su océano desbordan los horizontes de la realidad y el ensueño en su magnitud cósmica, podría ser corregido el aserto inicial. Cabría asignar al chileno la capacidad de evasión interior, traducible en su perenne impulso hacia el mar, anhelo cultivado apacible, filosóficamente, en las ensenadas del silencio. Soñamos con nuestro mar entre el tumulto de imágenes espaciales o íntimas de nuestra geografía: la cordillera andina altiva y recóndita, con los pechos agudos y blancos de sus volcanes; la sierra costeña, generosa de selvas y collados, materna para el hombre; la llanura central, verde y jugoso regazo para la vida. La integración telúrica determina, pues, la psicología del criollo. Chile —paisaje y pueblo— promueve y exige una definición que no habrá de ser geométrica ni literalmente geográfica, sino cuajada en poesía, en imagen trasmutada con ritmo de tiempo y latitudes. Quien la diera hace cuatro siglos acertó en pleno cabalgando el endecasílabo en afanes de epopeya:

*Es Chile Norte Sur de gran longura
costa del nuevo mar del Sur llamado
tendrá del Este al Oeste de angostura
cien millas por lo más ancho tomado:
bajo del polo antártico en altura
de veintisiete grados prolongado;
hasta do el mar océano y chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.*

Mas el énfasis de Ercilla no se complace meramente en la fisonomía y en la forma insólita de este país, largo de cuatro mil kilómetros y con diez mil de litoral, sino que, iniciando la segunda parte de *La Araucana*, en el Canto xvi, arremete con donosa pluma la descripción de la tormenta que castiga a un galeón español entre las costas del Maule y del Bío-Bío:

*Cuando un golpe de mar incontrastable,
bramando en un turbión de viento envuelto.
rompió de la gran mura un grueso cable,
cubriendo el galeón ya todo vuelto.*

.

*En esto la cerrada niebla obscura,
por el furioso viento derramada,
descubrimos al Leste la Herradura
y al sur la isla de Talca levantada:*

*Reconocida ya nuestra ventura
y la araucana tierra deseada
viendo el Morro de Penco descubierto
arribamos a popa sobre el puerto.*

Si el artífice hispano afinó la estrofa, la entraña del vate soldado se inflamó y fundió en la sangre indígena, que colmó las estancias del poema. Ercilla, al conjuro de la gesta y ya volcado en la hoguera, se nos muestra como el primer bardo criollo de nuestro mar y nuestra historia.

La épica significación del océano patrio adquiere acento inaudito y perfil terrífico a partir del tercer cuarto del siglo xvi (1576), cuando el pirata Francis Drake incursiona en nuestro litoral. Más tarde, en 1587, la aventura y la codicia atraen a Tomás Cavendish, al pirata "gentleman" Ricardo Hawkins en 1592 y a los holandeses Van Noort, Brower y Herckmans. Estos últimos arribaban dispuestos a emprender una campaña decisiva contra el poder español en Chile. Los puertos naturales de Coquimbo, Caldera, Talcahuano, Corral y algunas caletas, utilizados como puntos de embarque de los productos de la colonia, fueron objetivos preciados de aquellos señores del mar, que difundieron sin pudores la leyenda de este país "pródigo en oro y especias".

EL MAR BUSCA SU POESIA

La significación geográfica y la expresión histórica de Chile con su océano determinante para el conquistador y para el nativo, infunden la escritura un sí es no es poética desde el siglo XVI al XIX. Para encontrar su signo esencial, la poesía de nuestro mar habrá de soportar el letargo de la Colonia. Los dictados de la Madre Patria fueron implacables y la América española a través de su población criolla y mestiza debió abdicar de su espíritu. Es sobradamente sabido que la poesía, buena o mala, provenía de España o era calcada sobre lo español.

*Diego Dublé Urrutia*¹, nacido en Angol en 1877, es el poeta que, ya avanzada la República, experimenta la sugestión del mar. Deja oír a veces el océano como voz subyacente o fondo ornamental adecuado al instante afectivo que lo embarga. Sin embargo, en algunos poemas, aparece dominante. En el primer libro de Dublé Urrutia tenemos ejemplos de esta gravitación marina.

El caracol:

*Quando la brisa barria apenas,
las nieblas grises de la mañana
y al arrastrarse por las arenas,
con sus espumas como azucenas
jugaba en sueños la mar cercana;
se despidieron los pescadores.*

.

La procesión de San Pedro:

*Todo el mar es fiesta, todo clamores,
todo música, trajes, mozas, galanes,
disparos y banderas y voladores
y adornos de copihues con arrayanes.*

*Y desde la ribera mira la gente
como por la verdosa mar se adelanta
rauda sobre las olas, como serpiente
rumbo a la sacra pesca, la escuadra santa.*

.

¹Libros de Diego Dublé Urrutia: *taña*, 1903; *Fontana cándida*, 1953. *Veinte años*, 1898; *Del mar a la mon-*

*Que allí van los de Tumbes y los Pencones,
y los que en mares altas tienen sus lares;
todo lo que hay de lobos y tiburones
y hombres de pelo en pecho sobre los mares.*

.

A la hora de la baja marea:

*Allí las ventolinas del Austro y del Poniente
cuya experiencia es vasta como la madre tierra
recorren noche y día los golfos solitarios
cantando en sobrehumano lenguaje su doliente
canción de peregrinas. Los bosques legendarios,
que aún alzan en la orilla su secular grandeza
suspiran por los Aucas, ausentes moradores,
que en los heroicos tiempos les prodigaron glorias;
las hondas grutas mugen sobre los arrecifes
los albatros callan y el océano cuenta
mil cosas erizantes que ignoran las historias
leyendas de naufragios, de trombas y de esquifes
que en medio de las sombras se traga la tormenta.*

El gran océano, con sus incitantes lejanías, sus mareas irisadas y su intimidad costera, se llega a *Manuel Magallanes Moure* (nacido en 1878, en La Serena), busca y encuentra en su regazo emotivo una secreta y apacible resonancia, aliento y rumor de oleaje sobre un espíritu de perenne embeleso. Tal sensibilidad, bien pulsada por la mano acariciante del Pacífico, entrega una poesía de ágil cadencia vestida en gama de frescas sugerencias, urdida en el recuerdo de la amada o ciñendo el trazo descriptivo. Leemos en *La casa junto al mar*:

*Sol y viento. Florida la mar azul. ¿Recuerdas?
Mi mano suavemente oprimía tu mano.*

.

*Después, a un tiempo mismo, nuestras lentas miradas
posáronse en la sombra de un barco que surgía
sobre el cansado límite de la azul lejanía
recortando en el cielo sus velas desplegadas.*

.

*Ver la playa, el mar, el velero lejano,
y es tan viva, tan viva la ilusión prodigiosa,
que a tientas, como un ciego, vuelvo a buscar tu mano.*

En su poema "El barco viejo", la virtud objetiva se humedece con la emoción de los atisbos fatales, ante la presencia del destino de las cosas:

*De la averiada proa cuelga un cable cubierto
de líquenes que ondulan cuando pasan las rondas
de los peces, elevando sus pupilas redondas
al barco que flota como un cetáceo muerto.
Y el barco...*

*...
ahora que está inválido y hecho un sucio pontón,
sus amarras sacude y rechina y se queja,
cuando ve que otro barco mar adentro se aleja,
mecido por las olas en blanda oscilación.*

Samuel Lillo (nace en Lota en 1870), con el vivo y musculoso metro de sus *Canciones de Arauco* y *Bajo la Cruz del Sur*, exalta al hombre de la selva y del mar. Frente al océano el tono épico apunta, severo y puro. Los arrestos del nativo en el agresivo escenario de tierra adentro y el genio aventurero del hombre de mar alcanzan en el metro de Samuel Lillo su definición clásica afincada en el acento, la eufonía, la plenitud humana y ambiental, conquistas nada frecuentes en este lapso histórico de la poesía patria. Tenemos ejemplo de ello en "El arponero", contenido en *Canciones de Arauco*:

*Iba el mozo de pie sobre la proa
en la diestra un arpón y en la cintura
un hacha brilladora;
un semidiós de bronce parecía
su cuerpo de viril musculatura
forjado al yunque de combates cruentos
con los monstruos, las olas y los vientos.*

*Las bandas de las rápidas toninas
que atraviesan rodando
como discos de plata, las marinas
ondas, y los fornidos cachalotes*

*que apartan de su rumbo las neblinas,
conocían su arrojo y su pujanza
los formidables botes,
de su arpón y su lanza.*

Fijemos ahora esta escena de vida primaria, incluida en el libro *La Cruz del Sur* y titulada "En los mares australes":

*La piragua voltejea silenciosa
en la sabana brumosa
del abierto mar austral.
En la popa acurrucadas
dos mujeres, viejas hembras de salvajes
desgreñadas,
con su aspecto melancólico y bestial
ayudaban al oleaje
dando lentas paletadas
sobre el mar.*

La creación poética de Lillo ciertamente conquista su cabal plasticidad y expresión en "Barco lobero":

*En la ensenada de los cantiles
que con su golpe la ola abrió
hay un balandro de Punta Arenas
que a cazar lobos al mar salió
y que cansado de los combates
con las tormentas, como un león
tras de sus triunfos, en la hendidura
de las montañas se recostó.
Aún tiembla de ira su viejo casco
cuando en el colmo de su furor
alza una ola su testa hirsuta
sobre la comba de algún peñón,
y suelta sobre las mansas aguas
con el estruendo de una explosión
su alba melena de inquieta espuma
que el viento agita como un airón.*

La poesía de Víctor Domingo Silva, de enfático y generoso pulso, como para ser declamada bajo el cielo, acusa un sonoro romanticismo, pincelado por la viva luz de las imágenes. La imposición del

mar patrio, que define el horizonte de dos de sus mejores novelas, *Palomilla brava* y *El cachorro*, inspira asimismo algunos de sus poemas de mayor nervio expresivo:

Por los mares del sur:

*¡Oh, huracanes del sur, rachas cortantes
que por el vasto mar desconocido
fuisteis con los primeros navegantes
repitiendo los gritos de su jerga
hecha de interjección y de alarido!*

*Ah, sois los mismos de antes,
soplos salinos que al arquear la verga
arrancábais un hurra áspero y fiero
que se elevaba como un himno solo
desde el fondo de un barco aventurero
hacia la inmensa plenitud del polo...*

.

*¡Drama de siglos! Trágica odisea
fraguada en los comienzos de la historia
de mi raza, no hay nadie que hoy la vea...
Y su teatro fue el mar, y oyóla el viento
y fulgura en el nimbo de su gloria
el nocturno fulgor del firmamento.*

.

Pedro Prado (1886-1952), el poeta de *Flores de cardo* (1908), *Los pájaros errantes* (1915), *Camino de las horas* (1934), *Otoño en las dunas* (1940), *Esta bella ciudad envenenada* (1945), *No más que una rosa* (1946), libros de sonetos los cuatro últimos, trasmutó la voz del océano en algunas páginas de prosa y en contadas estrofas. Su vivencia lírica contextura e integra ambos géneros y formas, como expresiones de un mundo indisoluble y en este proceso es *Alsino* la obra que mejor lo esclarece y determina. El novelista de *Un juez rural*, versión casi subjetiva de una realidad aldeana pintoresca y menuda, tiene en *Alsino* las páginas más directas, al par que soñadas y meditadas de cuanto el océano sugirió a su espíritu. Más que canto al mar, ellas ofrecen una reflexión conmovida sobre el tema, en la cual el espíritu del hombre se aproxima a misteriosas enseñadas y penetra en un dédalo de canales para encontrar luego la ansiada plenitud interior.

“¡Mar! ¡Mar!

”Desde aquí veo tus grandes y pequeños ríos, raíces de plata que hundes en la tierra ¡oh! bosque azul, ahora florido de espuma; flores las más grandes, blancas, hermosas y efímeras del mundo. ¡Oh, padre! Por dos débiles alas que yo poseo, en cada ola tú despliegas, curvadas por el ansia y el viento, alas gigantes de inmensas aves desconocidas que naufragan.

”No sólo su caudal traen hasta ti los ríos, en ellos, como un légame invisible, viene la sabiduría que recogieron al cruzar la tierra.

”A veces de erguidas montañas acuden hacia ti disueltas como un tributo. Filos de rocas limaron tus puros diamantes. Teñidas en paz de campiña, te manda la tierra dulzura. Sobrevive el reflejo de todas las flores en tu tono cambiante; y el aroma de incontables jardines, aceite oloroso caído en las aguas, contribuye con sólo una gota en el vasto concierto del sacro e infinito perfume.

”Mas viles ciudades te mandan su cieno”.

Gabriela Mistral (1889). “Desde el año profético de *Los Sonetos de la Muerte*, el misterio de una nueva poesía se vacía sobre los ríos y los mares de América bárbara y engendra en sus tierras para ir luego por los caminos del planeta borrando países, desgajando vanidades en voluntad de redención de conciencias y salvación de la Belleza amenazada”. “La belleza habla en los labios de esta mujer cobriza, de rostro grabado por el dolor y la ternura y por la suprema claridad del cielo”. “La poetisa abreva la entraña herida en los veneros de la Biblia y en las durezas de su tierra nortina, y su dolor de criolla herida en el umbral de la ternura se eleva y sublima sin merma de su pulso embravecido”¹.

“Gabriela amasa su verbo en el tiempo. Voz inconfundible, en consecuencia, voz nueva, lengua nueva. No es propiamente lengua castellana, sino lengua criolla de esta América morena donde los crisoles del cobre encienden la pasión, el trigo se hace leche y el salitre siembra resurrecciones. Gabriela lo ha dicho y ello no podría ser discutido o callado por los fariseos del idioma”².

El desgarrado, adusto canto de Gabriela se apacienta en la entraña lacerada, en la tierra que espera el instante del encuentro pasional y sigiloso, y en el mar próximo o ilímite e indefinido para la patria. El mar de Gabriela es contacto íntimo, gajo cósmico, símbolo, imagen para su angustiada fuga y su violencia emocional.

¹“Responso a Gabriela”, de Lautaro Yankas. *Atenea*, enero - marzo, 1957.

²*Ibidem*.

En su libro *Desolación* (1922), subrayamos estos versos de "El barco misterioso":

*Llévame mar sobre ti, dulcemente,
porque voy dolorida.*

*¡Ay! barco, no te tiemblen los costados
que llevas a una herida.*

*Buscando voy en tu oleaje vivo
dulzura de rodillas.*

*Mírame, mar, y sabe lo que llevas
mirando a mis mejillas.*

*Entre la carga de los rojos frutos
entre tus jarcias vividas
y los viajeros llenos de esperanza,
llevas mis carnes lívidas.*

*Más allá volarán con solo frutos,
y velas desceñidas.*

*Pero entretanto, mar, sobre este puente
mecerás a la herida.*

En su libro *Lagar*, leemos:

Muerte del mar:

*Se murió el mar una noche
de una orilla a la otra orilla;
se arrugó, se recogió,
como manto que retiran.*

*Igual que albatros beodo
y que la alimaña huida
hasta el último horizonte
con diez oleajes corría.*

*Y cuando el mundo robado
volvió a ver la luz del día
él era un cuerno cascado
que al grito no respondía*

*Los pescadores bajamos
a la costa envilecida
arrugada y vuelta como
la vulpeja consumida.*

*El silencio era tan grande
que los pechos oprimía
y la costa se sobraba
como la campana herida.*

De *Tala*, apartamos estos versos:

*Por si nunca mar yo vuelvo
de la santa mar amarga
y no alcanza polvo tuyo
a la puerta de mi casa,
en el mar de los regresos,
con la sal en la garganta
voy cantándote al perderme
¡gracias, gracias!*

El mar chileno conquista en la condición humana y en la fibra emotiva de *Zoilo Escobar* (nacido en 1877), un acento generoso que habrá de permanecer no sólo en la medida poética, viva y ágil, sino en el espíritu de la generación joven de Valparaíso, como todas esencialmente contradictoria. Un realismo siempre estremecido y la imagen en trajines de evasión dan el tono de sus poemas, que sólo fueron publicados en 1928 con el título de *Girasoles de papel*. Funcionario de Aduana, de estampa entre bohemia y burocrática, con chambergos, lentes y una incitante bonhomía, Escobar urdió su vida y con ella la rutina funcional del puerto, entre diligencias febriles, tertulias literarias, empresas líricas y culturales como lo fueron la fundación de la revista "Selecta", en 1900, del Ateneo de la juventud porteña, y de la Universidad Popular de Valparaíso en 1907, junto a Víctor Domingo Silva. Quien desee ahondar en la vida porteña y sus manifestaciones espirituales de ayer y de hoy, deberá examinar el curso de esta individualidad sin dobleces. Escuchemos:

El mascarón de proa llora lágrimas de sal:

*Aquí estoy como inmóvil sobre el mar inmortal
(tornasolado desbocamiento de caballos furtivos...)
cuando las bocinas llaman al trabajo sin reivindicaciones y sin espe-
[ranza...
cuando las nubes siguen derivando
o cuando mis pupilas saltan jubilosas sobre el aro del horizonte...*

*Aquí estoy como si las anclas estuvieran clavadas en mi entraña...
Pero siempre... esperando el nuevo navío
que ha de venir bajo la flor del cielo!...*

La canción de los navegantes:

*Y por esto es que siento como una marejada
cuando me acuerdo de las linternas que tiritan rodeando la inmensa
[noche negra...
cuando me acuerdo del temblor de los cascos frente a las fuerzas
[delirantes del N. W...
de los colmillos de los cachalotes, de la ferocidad del pulpo y del
[tiburón tigre
y del dolor de las amargas soledades deshojadas!*

*Treinta años os conozco, lobos y lobeznos del mar;
treinta años he mirado a vuestros ojos perspicaces...
a vuestros ojos yodados como las algas
y a vuestros camarotes, donde hay siempre un retrato de mujer:
la lucecita que brilla más allá de lo desconocido tenebroso...*

Sobre parecido temario, reflejado a veces hacia lo infinito en rondas luminosas, juega la poesía de *Nestali Agrella*, hombre del norte (nace en Antofagasta en 1898). Arroja su ancla en Valparaíso durante años, publica su único libro de versos, *Poemas*, en 1925, y viaja por el Continente en aventuras de verdad y ensueño, lo que da a su lírica la insistencia de la imagen entre latitudes sin término, en juegos de sorpresiva magia, sobre una original textura de caligrama. Leemos:

Atmósfera:

*El puerto tendido como una bandera
por encima del mar
En la bocina del ocaso cantan los colores
de*

mi a

*Pirá zul
Montaña del viento
El horizonte
Las blasfemias doradas
y el estertor de hierro
Las llamaradas blancas
de los edificios*

*en espiral ascienden
 al firmamento
 Barcos temblorosos
 con los flancos heridos de sol
 y con jarcias de árboles sin frutos
 hacen la ronda del Puerto
 donde hay un faro
 que vigila el rebaño de las olas.*

Estuario cóncavo:

*Filamentos de lana de las nubes raidas
 Y el viento
 "coiffeur" que peina la distancia.
 Sonidos azules, rojos, amarillos
 Tres hilos negros de humo
 se estiran en el gran violoncello
 del Puerto*

Todos queremos navegar:

*Entre oblicuas linternas que rayan singladuras
 el piloto desdobra el tapiz de los viajes
 desde polos de yeso hasta los ecuadores
 que zarpan cargados de frutas maduras.
 Y los barcos se llevan en sus ramas sin hojas
 enredadas como serpentinas
 las músicas marinas
 hasta el borde azul de las extensas radas.
 Ahora
 frente al Puerto
 ha venido a quedar anclado el Arco Iris
 con el casco pintado de siete colores.*

Al examinar la generación de *Salvador Reyes* (nacido en 1899 en Copiapó) y *Luis Enrique Délano* (nacido en 1907 en Santiago), el escritor y catedrático *Mariano Latorre* estampa estas certeras palabras en su *Literatura de Chile*¹: "Se desarrolla luego un neorroman-

¹Buenos Aires, 1941.

ticismo marítimo, de influencia francesa; Rimbaud y Corbière, en primer término; pero Stevenson y Conrad y hasta Mac-Orlan, suministran la documentación real de la aventura que retoriza con cierta elegancia sobre los veleros y sus vocablos técnicos, los mástiles, los mascarones, las jarcias, los grumetes y lobos de mar, aplicándolos a sus rebeldías espirituales". Indiscutiblemente, más evadido y fugaz se nos presenta *Salvador Reyes*, cuyas imágenes se originan en un mundo sensitivo que encuentra en los espacios marinos el escenario liberador. Sin embargo, conviene señalar que en la poesía de Salvador Reyes la geografía patria se hace presente con mayor frecuencia que en sus novelas y cuentos de la primera época. Leemos en su libro *Los mares del Sur* (1924-1930):

"Valparaíso"

*Oye latir el puerto en la huida del día.
Porque a estas tierras del Sur
el día llega cansado de su viaje
y rueda, gota de luz pronto absorbida por los paralelos.
El día del Sur es como la hoja de un puñal:
ancho en Valparaíso, va afinándose hasta el agudo
extremo luminoso de Magallanes
donde roza un instante
las alas plegadas del Invierno.*

.....
Oye latir el Pacífico.

*El viento carga para la gran travesía su litoral de luces.
De este collar de puertos que rodea el océano,
Valparaíso se desprende y se quiebra en la profundidad de la*
[noche

*allá donde vienen las tormentas,
los lutos escritos en los extremos del periódico,
la voz del Capitán que domina a la ola.*

.....
*El Pacífico, tam-tam de los sueños,
golpeado por un millar de puertos luminosos,
música que empuja hacia un destino sin ansiedad
soledad bienhechora del corazón
donde toda amargura encuentra sabiduría y vida.*

Percibamos ahora el airoso ritmo del "Mensaje al Capitán Straube":

*Capitán, otra vez va a llegar el invierno.
¿Y nuestro viaje? Lo discutimos hace ya tanto tiempo.
Sin embargo, estamos aún amarrados al muelle
fumando nuestro tabaco de musgosas redes.*

*Yo he intentado sembrar un árbol como un hombre serio
¿Y qué cree usted que florece? La Rosa de los Vientos
Es inútil, inútil, mi querido Capitán
es ya hora de hacernos a la mar.*

Por su parte, *Luis E. Délano* enriquece y diversifica nuestra poesía de la costa en una visión directa y luminosa, penetrada por cierto animismo expresionista de persistente llama, fenómeno perceptible asimismo en sus relatos en prosa. El mágico realismo que nos embelésó en algunos cuentos de *Luces en la isla*, nos coge de nuevo en su poema "Chiloé":

*Bordada de canales, cifrada de naufragios,
oh, vieja isla donde los piratas
llevaban el tesoro de sus voces
y sus antiguos juramentos.*

*Isla donde las rocas
fingen amorosos pedestales
para que los pingüinos
y los pájaros del mar, esos que
llenar la costa de gritos destemplados,
posen sus estaturas.*

.....
*Piratas sombríos llevaban
sus canciones
para hacerlas vibrar entre sorbos de fuego
junto a los cuerpos de tus hijas desnudas
¡Ah!, Chiloé, ahora llenas mis ojos
de ensueño y de naufragios.*
.....

Años adelante aparece *Rosamel del Valle*, ceñido por su elemental soledad, su naturaleza despejada por un sol interior sin estridencias ni terrores. Poesía calcinada en la vida del hombre esencial, severa rítmica del pensamiento surgido de la purificación final y decisiva.

País blanco y negro (1929), y *Poesía* (1939), certifican una austera y granítica vendimia lírica. El mar encuentra en ella el espacio y la entraña indivisible, con su interrogación y su castigo. Escuchemos algunos versos en su "Mensaje en el oído del océano Pacífico":

*Agua, sangre, espalda líquida
Acerca tu oído de violón derramando en lenguas y espumas
Porque me escuchan los vapores y las escamas y los ruidos ocultos
Agua sangre verde
Tus costas florecen espejos vueltos al sol, signos y alegrías debajo
[del sol.*

En la parte final de este mensaje cósmico, leemos:

*Mirad, aguas, lenguas marinas, escamas errantes, mirad
Pacífico del Sur, tanquila corriente perdida, lejana, mirad.
Nuestra escritura es una sombra, nuestros cielos se mueven,
Nuestras nubes parten.
Nuestros árboles dejan caer sus nidos, nuestros trigos tiemblan,
Nuestros bosques palidecen.
¡Mirad, Océano Pacífico, mirad!*

.

Novelista de encontrados horizontes marinos y terrestres, *Manuel Rojas* (nace en 1896 en Buenos Aires, de padres chilenos) camina buscando una respuesta en el sino de sus personajes urdidos por la inédita aventura. El ser y el tiempo impregnan gran parte de su poesía, de libre textura, recogida bajo el título de *La tonada del transeúnte*. El litoral chileno que nutre ciertas zonas de su obra en prosa, caracteriza algunos de sus poemas. He aquí, "Chañaral":

*En las noches hay una estrella roja sobre mar
y marineros borrachos cantando en idiomas bárbaros.
En el día cielo azul, sol, botes llenos de congrios.
y lagartijas negras entre las rocas blancas.
Hombres tristes recorren la plaza desolada.
La tierra no da un fruto, una rama, una flor.
Fundiciones abandonadas, hornos destruidos.
Chañaral es la casa sin sangre de la desolación.
Sentado a la orilla del desierto,
como un viejo minero cuenta su grandeza de antaño,
y muere con el rostro vuelto hacia el mar.*

*Hasta aquí llegaban,
animadas por las picanas nortinas,
las carretas cargadas de cobre y plata.
Hoy, ya no le queda nada.
Únicamente aquella estrella roja sobre el mar.*

Nuestro océano descubre en el verso de *Jacobo Danke* (nacido en 1905 en Valparaíso), una pauta secreta y cierto regocijo de color, vertidos para la sugestión sensual dilecta. La fluidez de la imagen y su línea sensitiva aparecen asimismo en sus novelas, *Dos hombres y una mujer* (1933) y *La estrella roja* (1936). Sus libros de poemas, *Lámpara en el mar* (1931), *Las barcarolas de Ulises* (1934), y *Mediodía sobre los barcos*, constituyen fiestas máximas en este voluntarioso y ensoñado encuentro con el océano. Del primero, transcribimos parcialmente "Canto al Mar Pacífico":

.

*Parándome en la playa
la más sorda rebelión me llena
y ya no soy el dragomán que halla
la sombra de sus dudas en la raya
que su perfil traza en la arena.*

Oh, Mar Pacífico.

*En la caricia de mujer, del viento,
yo sin retener el grito
me violento
enviándole mi voz a tu infinito.*

Oh, Mar Pacífico.

.

En "Mediodía sobre los barcos" leemos al azar:

*Un collar de sol estival para tus senos,
para mí un licor herido
por una hermosa navegación,
para ti un caracol de mar en el vestido.*

Alejandro Reyes, se define en este perfil lírico de Chile marítimo, como el cantor inmerso en el rincón querido, el evocador local atrapado en el recuerdo, herido por el tiempo que galopa sobre las cosas. Tal lo hicieran en paralela e inconfundible comunión con el venero patrio, *Jorge González Bastías*, el recogido cantor de la chi-

lenidad agreste, voz fecundante de "las tierras pobres, que dio su riego de inmortalidad a los caldeados cerros de Infiernillo, sobre el sinuoso tajo del río Maule; y Augusto Winter, el nostálgico poeta del lago Budi. La visión del puerto de Talcahuano, con su generosa rada y el anfiteatro de sus cerros poblados, irrumpe en el verso clásico de Alejandro Reyes y las imágenes discurren veladas por el dolor de lo que desaparece y de lo que aún se defiende en callada agonía. El poema titulado "Puerto viejo" lo muestra en hondos y luminosos rasgos:

*Vuestro encanto de antaño viejos barcos veleros
aguerridas fragatas y gallardas goletas
ágiles bergantines y balandros ligeros
mecidos blandamente sobre las aguas quietas.*

*Ya no se ve la gracia de nuestros masteleros
ni al mascarón de proa sonreír al oleaje,
ni tampoco se escuchan cantares marineros
salir desde la recia trama de los cordajes.
Y ya apenas si llegan al par de la marea
esas brisas salinas con hálitos de brea
que aspiramos de niño junto a la vieja rada.*

*Humos, donkeys, vapores en un conjunto ambiguo,
y ya en el puerto viejo, de vuestro encanto antiguo,
no va quedando nada, no va quedando nada.*

Angel Cruchaga Santa María (nace en Santiago en 1893), como Gabriela Mistral humedeció su labio en torrentera bíblica. Gabriela convirtió aquellas aguas en caudal insólito, sangrando entre cordilleras patrias y anudando el cosmos. Angel Cruchaga recoge el venero místico y lo lleva como una voz del cielo sobre sus sueños humanos. La imagen purificada en símbolo florece en sus estancias al calor del silencio apuntado hacia el espíritu y los puros aromas terrestres. Desde *Las manos juntas* (1915), *La selva prometida* (París, 1920), *Job* (Santiago, 1922), *Los mástiles de oro* (1924), *La ciudad invisible* (1928), *Afán del corazón* (1933), *Paso de sombra* (1939), hasta *Rostro de Chile* y sus poemas sobre Oriente, afina y ahonda esta limpidez de su canto. En *Rostro de Chile* parece entregar la cristalina y dorada semilla de su siega íntima robustecida por la savia telúrica y el clima patrio. Acontece el retorno a la tierra definitiva y a su desvelado océano.

*En ti he nacido frente a tu montaña
y me persigue el corazón tu rostro*

.....

*De norte a sur como una caravana
el mar te grita con sus Amazonas.*

.....

*Tierra donde el mar pule cristales
y se rapta la niña de la costa.*

En su poema "Puerto de Valparaíso" se conjugan estas imágenes:

*Valparaíso, umbral de la casa materna
que bajas de la cima de cerros escarpados,
tus navíos que viven en desdedida eterna
te besan con el signo de todos los mercados.*

*Valparaíso, delta en que vierten las granjas
sus frutos que la miel derrama por los mares
en una epifanía de radiosas naranjas
y de uvas que la luz no vació en los lagares.*

La perspectiva del tiempo, el hálito vital y la luz despliegan su crucero embelesado en el poema "Pacífico Sur":

*El mar de Vasco Núñez de Balboa
en dirección al sur mueve su rueda
y precipita el sol y las espumas
como meciendo aún lentas galeras
con el oro lustral del Inca muerto.*

.....

*Océano del sur, bosque tendido
soplo que quiere desquiciar el mundo
y socavar la quilla del planeta.*

Oscar Castro (nacido en Rancagua en 1910), construye su destino poético en sus libros *Camino en el alba* (1938), y *Viaje del alba a la noche* (1940). La prosa de sus cuentos y novelas, *Huellas en la tierra* (1941), *La sombra de las cumbres* (1944), *Comarca del jazmín* (1945), *La vida simplemente* y *Llampo de sangre* (novelas póstumas las dos últimas), aparece impregnada y aligerada por la atmósfera poética en que maduró la pluma del escritor. Imágenes y tonalidad, fundidas en un estilo flúido y grato, dominan en su narrativa. Hijo de tierra adentro, escuchó desde niño el llamado del mar, acaso por

fuerza de ocasionales lecturas o por episodios de su vida. Enfrentado un día a la realidad del océano patrio, escribe su "Canto al mar terrible", expresión de su ensoñado mundo, sorprendido y sacudido por la elemental naturaleza:

*Y de repente fue tu llamado más tenso
que el arco de los cielos disparando aerolitos.
De repente en mi sangre tu socavar inmenso,
mar de leyendas puras, mar de los grandes ritos.*

*Me seguías azul con tu azote de vientos.
Ibas en mis arterias, potro de sol y escamas.
Resplandecía toda de látigos violentos
tu cola pavorosa, verde dragón de llamas.*

*Eras el que domina, y el que arrasa y abate.
La fresca y alta furia del que todo lo pierde.
Crinado de relámpagos. ¡Oh león de combate!,
se quejaba la tierra bajo tu zarpa verde.*

Pablo de Rokha (nace en Licantén, provincia de Talca, en 1894). Voz del hombre cuyas raíces y potencias, sumergidas en la tierra y en los repliegues del cosmos, muestran y rugen su tortura de eternas condenadas. Voz de tormento y destrucción, de violencia ineludible, en búsqueda de una nueva existencia, de una mejor entraña humana. Muchos subrayan en Pablo de Rokha la voz auténtica de Chile y América, desde su sinceridad original, su fuerza terrígena, su acento implacable, sostenido sobre sus grandes veneros: la tierra y el mar, el hombre, la humanidad toda en multitud. Su registro entrega resonancias líricas de la más pura esencia; pero en sus páginas —verso o prosa— alternan el grito, la imagen ciclópea, la honda invocación a la conciencia, obediente a un instinto poético liberado de preceptivas. El contenido impone el impulso, elemental y rotundo. En *Los Gemidos* (1922), libro que podría significar la cabal expresión del yo humano y poético, vive esta descripción de cosecha succulenta y acaso milagrosa, específica y saboreada, del mar chileno:

Flores y frutos.

El mar, enorme jardín, enorme jardín sumergido, verde y grande árbol produce como las haciendas, los santos productos, los santos productos, los santos productos de la naturaleza.

El problema rojo de la langosta y la bolsita de rubíes, la bolsita de rubíes tiernos del piure, la caja divina de los choros, el informe edificio idiota de las ballenas, la ruta viscosa de los pulpos, la rosa

siniestra, la rosa siniestra del erizo, los errantes guisos de la trucha, el congrio, la lisa, el pejerrey, la corbina, la sardina, los errantes guisos, el tallo agreste, yodurado, ilustre, la flexibilidad, el sabor mineral del cochayuyo, la sonoridad, la sonoridad marina del caracol genial y rosado, el cofre galante del ostión y la conchita melancólica y agraria de la ostra perlera, la democracia de la cholga, la macha, la culinaria, la culinaria, la culinaria, golosa evocación del robalo, y las manadas de tiburones jugando con difuntos tesoros difuntos y buques perdidos en los subterráneos de la mar.

El tono de forja cósmica se alcanza categóricamente en esta página de su libro *Gran Temperatura* (1937), titulada "La Oceánida":

El doble lenguaje contradictorio rugiendo de Arica a la Antártida da lágrimas o cuchilladas y empuña la espada oceánica con Walter Raleigh o Lord Cochrane, y Prat es marino de Esquilo, al cual Corbière cantara si lograra mover la lengua inmensa en las esferas; es soberanamente el pescador un transgresor del mar y un capitán de buen gaznate, no lobo marino, tiburón, por eso celebro su faena, canto su trazo familiar, humano e irreparable, frente a frente a la gran venganza del mar...

Pablo Neruda. Nace en Parral en 1904 y vive su primera adolescencia en Temuco. En 1920 llega a Santiago, decidido a estudiar pedagogía en francés, lo que cumple a medias. Neruda alza sobre la poesía de nuestro tiempo un arcoiris batido sin cesar por las tempestades. Desde *Crepusculario*, dado en 1923, hasta sus últimas *Odas elementales* transcurren casi cuatro décadas y en este lapso las fuentes inspiradoras del poeta se suceden en un despliegue de esencias verbales de integración antitética, profundas y plásticas, hasta alcanzar en *Residencia en la tierra* (1935-1936), su aliento potencial y su obscuro y caótico simbolismo. Logrado el imperio de su mundo perceptivo mediante la audacia verbal y enfrentado acaso al agnóstico signo, emprende el regreso hacia las vivencias telúricas en su *Canto General* (1950) y en sus *Odas elementales*. Son visibles en estas obras las mismas raíces y vertientes nutricias, un mismo e inagotable principio generador de esta realidad e irrealdad poética, cualquiera que fuese la confrontación del ser con el medio temporal. Asistimos al insólito proceso de lo intemporal como medida del espíritu subvertido en esencias líricas y en pensamiento espacial, desprendido, por virtud propia, de adherencias subalternas.

Tres incitaciones bullen en el proceso poético de Neruda: el amor, la angustia del hombre enfrentado con un mundo que se destruye sin descanso y sin esperanza cierta, y el mensaje insondable y fundamental de la naturaleza. El sentimiento y el aliento sexual de los primeros libros, por influjo del mundo vegetal y genésico en que respira el poeta, se encaminan hacia la imagen que los exprese en una nueva y violenta reacción subjetiva, insumisa, embriagada de formas y colores. En *Residencia en la tierra* el pensamiento fuerza las zonas interiores de la fantasía, interroga al mundo y la poesía al expresarlo entrega voces indefinibles, ideas trizadas por resplandores. El dolor y la muerte descomponen su gama y sus desnudos contrastes en brioso y permanente oleaje. En las *Odas elementales* y el *Canto General*, el mundo sensorial ensaya sus fugas cósmicas, alimentando los abismos a veces oscuros, a veces iluminados del poema. La palabra salta y mueve lo inerte, se conjuga lo inconjugable y es el subconsciente con su mutable angustia el que irrumpe sobre la cima del hiriente episodio de las cosas para encender su enigma o su evasión. El mar está viviente en el trayecto medular del poeta desde *Veinte poemas de amor...* y *Residencia en la tierra* hasta el *Canto General* y las *Odas elementales*. En *Residencia en la tierra* nos retienen estos versos del poema "El fantasma del buque de carga":

*Distancia refugiada sobre los tubos de espuma,
sal en rituales olas y órdenes definidos,
y un olor y rumor de buque viejo
de podridas maderas y hierros averiados
y fatigadas máquinas que aúllan y lloran,
empujando la proa y pateando los costados,
mascando lamentos, tragando y tragando distancias,
haciendo un ruido de agrias aguas sobre las agrias aguas,
moviendo el viejo buque sobre las viejas aguas.*

En *Canto General*, Parte VII, encontramos el poema titulado "Mares de Chile":

*Oh, mar de Chile, oh, agua
alta y ceñida como aguda hoguera
presión y sueño y uñas de zafiro
oh, terremoto de sol y leones!
Vertiente, origen, costa
del planeta, tus párpados
abren el mediodía de la tierra*

*atacando el azul de las estrellas:
La sal y el movimiento se desprenden de ti
y reparten océano a las grutas del hombre
hasta que más allá de las islas tu peso
rompe y extiende un ramo de substancias totales.*

*Mar del desierto norte, mar que golpea el cobre
y adelanta la espuma hacia la mano
del áspero habitante solitario
entre alcatraces, rocas de frío, sol y estiércol
costa quemada al paso de una aurora inhumana.*

*Mar de Valparaíso, ola
de luz sola y nocturna,
ventana del océano
en que se asoma la estatua de mi patria
viendo con ojos todavía ciegos.*

Julio Barrenechea (1906). En el turbión de la poética chilena que Rubén Darío intentara renovar desde su arribo a Chile en 1886, numerosos líricos fueron barridos por el impulso, aunque otros se refugiaron en su propia heredad. Julio Barrenechea parece vagar sobre la espuma del inquieto oleaje, recibiendo en su cobijo las irisaciones de la vida y del paisaje que la conforma. Su impresionismo lírico destila las esencias de la poética nativa y reitera su tono embelesado, limpio de todo énfasis. Espíritu que conjuga la flotante sensibilidad en el reposo, espiga en su mundo sensorial sin desmesurados horizontes ni grandes conmociones. En *Espejo de sueño* (1935), nos adelanta una imagen del mar ilímite, trasmutada en rítmica sugestión:

Cosecha.

*Van los pescadores,
van a cosechar.
¡Benditas las tierras
deshechas del mar!
Campos sin cultivo.
Campos de agua y sal.
¿Quién sembró los peces?
¿Quién sembró el coral?
Campos al cuidado
de la inmensidad.
Las flores de espuma
¿quién las plantará?*

*Van los pescadores
y cantando van.
¿Serán sus canciones
las que sembrarán?"*

Acaso la tónica de su creación lírica esté expresada en el poema "Siesta del Pacífico", que apartamos de su libro *Rumor del mundo* (1942):

*Oh, reposo del mar. Duerme en la tarde,
quemándose la frente, el agua lisa,
que sobre el hondo pecho apenas arde,
como una blusa alzada por la brisa.*

*Oh, cuánta polka de cristal vertida,
cuánta pupila fresca y estrujada,
cuánta encrespada furia convertida
en una muselina moderada.*

*Oh, reposo venido desde un fondo
donde hay aletas juntas y cansadas.
Donde hay peces que duermen reunidos
en ruedas detenidas y plateadas.*

*Mar Pacífico, Mar, sobre tu siesta
se le abre al pecho un corazón de plumas.
Y en tu sueño se alejan y se alejan
los países que viven de tu espuma.*

Miguel Arteche, joven autor de *Invitación al olvido* (1947), *El sur dormido* (1950) y *Destierros y tinieblas* (1964), empieza a conquistar en su segundo libro la dimensión liberadora que lo conduce al diálogo con su personal universo. Su poesía busca en esa muestra el secreto rostro de la tierra y del mar; allí su varilla mueve y decanta el licor imponderable. La emoción erótica respira y se solaza en el embrujo del mar austral. Acerquémonos a "Una playa oculta":

*Ansias, ansias sobre el pecho adolescente.
Un paso de remotos astros pasa oreando
El seco tono de la arena extendida.
Un soplo de estrellas cruza la soledad del mediodía.
Pero fija queda en mí
Aquella playa oculta de rizados temores,*

*Cuando la espuma descarnada, rota,
Lamía los miembros bellos,
Subiendo por las celestes ingles.
Así despierta el mar al abrazo potente,
El mar que os abrazaba, formas tan fugitivas,
Sin que vosotras sintiérais su poderoso abrazo,
Sus sales penetrando vuestras pieles aéreas
Sus aguas ocultas sobre el blanco beso de la nuca caliente.*

Efraín Barquero. La ternura viril sobre la evidencia de la amada alcanzable y el juego del instinto con su ritmo identificado en el pulso profundo y anchuroso del océano que todo lo abraza y lo posee. Con Barquero, autor de *La Compañera* y *Enjambre*, irrumpe en el horizonte poético un panteísmo de briosas raíces y deslumbradas distancias. Del primer libro destacamos "El mar, el mar":

*El mar, el mar terrible junto a tus pies,
como un caballo blanco arrodillado.*

*El viento, el viento enorme, sobre tus hombros,
como una cabellera de oro acariciante*

*Mi sed, mi sed tan grande, lamiéndote las manos,
como si fueras una estrella del buen tiempo.*

*No hay sombra entre nosotros tendidos en la arena,
sino dos peces de fuego
saltando en el agua de tus ojos.*

Una ola remota jugando en tu sonrisa.

Una rompiente eterna quebrando tus palabras.

*Y yo con mis manos en tu cabellera
como una red victoriosa
que te ha traído hasta la vida.*

*Y entramos desnudos en el mar,
para volver más puros a la tierra.*

Andrés Sabella. Poeta, novelista y cuentista, periodista sin fatiga, canta al desierto nortino del cobre, el salitre y los espejismos, al mar de su provincia, Antofagasta. Su poesía, al pulso del tema, estalla en pirotecnias de sangre y de muerte, de violencia y sarcasmo por el hombre humillado o rebelde en el encuentro diario para tener el pan y la dignidad del vivir; o se despliega y modula en bandada de jubilosa ternura sobre la pauta del viento entre soles o lunas. Reiterada es su faena poética: *La sangre y sus estatuas* (1940); *El caballo en mi mano* (1953); *Pueblo del Salar Grande* (1954); *Poemas de la*

ciudad donde el sol canta desnudo (1963). En *Norte Grande* está su dimensión de novelista. En su último libro de poemas, la imagen juega a veces con el horizonte marino, con su vecindad, su silencio y sus poderes aviesos, y se entrega piafante:

Olor de mar.

*Llegas como un huésped
bravío de salud
hinchando mis narices
de fuego oceánico.
Soy,
entonces,
un potro rajado por la sangre:
saltaría hasta las islas
a revolcarme con las nubes,
a morder los muslos de la arena,
armando trampas de viento
a las olas maduras.
¡Oh, trastorno!
Vibra la noche.
Y vibra mi esqueleto,
como un mástil,
pidiendo la piel de noventa mujeres
para velamen!*

Hallaremos otros nombres, ya definidos, si arrojamos nuestra red sobre la poesía de inspiración marina en nuestro país. Ahí están *Oscar Lanús*, disperso e insumiso; *Víctor Barberis*, sensitivo e íntimo; *Raimundo Echeverría* y *Larrazábal*, navegante del ensueño marino; *Carlos Casassus*, rítmico y espacial. Y tantos más en un ayer cercano y en el presente. Orillas y puertos para el océano original y eterno, donde el hombre olvida los fuegos artificiales. En azar de marejada, llegan hasta mi orilla en el último instante dos valores recientes, registrados en temperatura humana y radiante materia poética. *Adriana Espinoza*, hija de Los Vilos, lleva en su nombre y en su oído la onda verdeazul del océano y su verso tiene la ternura de la entrega al supremo elemento y el pulso de lo que no descansa por vivir y vivificar, de lo decisivo y ascendente. He aquí un fragmento de su "Plegaria por los pescadores":

*Honduras centelleantes divinizadas por el fulgor
metálico del pan de mis héroes anónimos.*

*Honduras de verde jade
que matizan los dorados reflejos
del pez violento, del pez suave
cuando se mira en tus espejos.*

*Padre mar, hermano mar,
fuente inagotable, fuente niquelada
te agradezco que alimentes a mis héroes
y que los guardes en tu seno de esmeralda.*

*Padre intenso y opulento,
infinito, batallador y ecuánime
dale tu médula al héroe macilento
para que no sucumba si está exánime.*

*Dale tu fortaleza y empuje omnipotente,
acaricia sus plantas curtidas por tu espuma
besa sus músculos cobrizos con tu aliento elocuente
y envuélvelo con amor en tu vestido de bruma.*

En sus "Esponsales del mar", la poetisa eleva la comunión del ser en el cosmos:

*Le hablé con palabras de espuma bordadas,
estaba desnuda, la encontré tan bella,
la cubrí con mi manto de verde esmeralda,
la cubrí de besos tenues como perlas.*

*Mis brazos de algas rozaron su talle,
su talle moreno, húmedo y salino,
los triángulos sinuosos, su cuerpo de virgen,
era toda ella mi néctar divino.*

*Nos contempló la luna pálida y discreta,
mi atavío brillante, ella diosa morena,
frondoso de olas rugientes la tomé toda trémula
y fuimos uno solo, mar, olas y arena.*

En un registro de canción íntima, quejosa y festiva, y de regocijo cromático, la voz de *Alfonso Mora*, hijo de Tomé, urde una espacial y ágil realidad del mundo patrio, campo, costa y océano. El humor y la conciencia insomne, encienden una poesía incitante, embrujada por la imagen propicia y el contacto de lo externo y lo íntimo, en la sedienta búsqueda de lo inefable y secreto. Desde mucho años el mar patrio buscó en este trovero su acento puro y sus hechizos y los des-

cuprió en sucesivas jornadas. De su libro *La bestia mágica* (1959), apartamos esta "Marinera":

*Es mi destino.
He de cantar al mar de nuevo.
Otra vez el gran porfiado
latirá, lanzará su dardo
apenas lo toque con mis dedos.
Una gota de salmuera
dormía en la concha estupenda.
Estaba en ella el mar entero,
fuerte y profundo,
mirándonos.*

*Pasaban muy arriba,
hablando de otros mundos,
las gaviotas divinas,
los piqueros, el viento,
ebrios de vida.*

Y este breve toque de color local, íntimo, gama de luz volcada, "Tomé":

*Fosforecen los pinos,
el mar solloza y duele
como una puñalada,
los cerros en amplios abanicos
amarillos.
Si no es azul,
es limón esmeralda
mi guitarra.*

El mar chileno, impaciente y fundamental, encuentra en nuestra sangre su maternal ternura y su poesía de soledad cósmica, de angustia fugaz, de fervor, de herida conciencia. Poesía disparada y evadida sobre el tiempo, poesía surgente en un mundo original y ubérrimo.